

## FAMILIA DE CRISTIANOS Y FAMILIA CRISTIANA

POR

MARÍA TERESA MORÁN

Empezaremos este foro por distinguir la familia de cristianos de la familia cristiana, y, luego, deteniéndonos en ésta, veremos su composición y su necesidad y vigencia en el mundo de hoy.

Por familia de cristianos entendemos aquella en la que todos sus miembros son cristianos, pero sólo individualmente. Y con ello quiero decir literalmente que su cristianismo no sobrepasa este nivel individual. No se comunica a los demás miembros de la familia. Cada uno practica por su cuenta sus creencias. No hay un rezo común, aunque haya una religión común. La religión es algo que no influye para nada en la vida familiar. Esto, y todos tenemos ocasión de verlo a diario, es un producto típico de la sociedad moderna, de su individualismo, del desarraigo absoluto del hombre de toda sociedad natural. Este desarraigo lo explica admirablemente Rafael Gambra en su libro *El silencio de Dios*, uno de cuyos párrafos dice: «Para la concepción racionalista del convivir humano, la sociedad es algo extrínseco al hombre..., un instrumento para que el hombre conviva con sus semejantes, sin que ello suponga para él constrictión alguna en nombre de una comunidad supraindividual». Esta comunidad supraindividual sería, en el caso que tratamos, la familia. ¡Y qué cierto es esto! El papel que se asigna actualmente a la familia se ve reducido a una forma de unión de los hombres para satisfacer unas necesidades puramente físicas, sin renunciar para ello a nada, sin dar nada, sin darse a sí mismo. Para los marxistas, el matrimonio es el sistema más cómodo de encauzar los instintos sexuales. Bajo esta perspectiva parece lógico que se admita naturalmente el divorcio, el aborto... Y no es raro hoy, en que la cultura marxista está penetrando en todas partes, encontrar matrimonios cristianos que piensan de forma parecida, y que jamás podrán formar una familia cristiana. Se concibe a la familia como una sociedad mercantil, sin ningún fin trascendente. Se convierte en una suma de individuos y no en un todo. Cada uno forma un centro autónomo, realiza la vida por su cuenta. Es el vivir bajo un mismo techo, pero

no convivir. Es, simplemente, una forma más del egoísmo, no se sale de sí mismo, no hay comunicación. Es la aplicación de la filosofía, hoy tan en boga, del «vive y deja vivir», que está corrompiendo nuestra civilización desde su base, desde la familia. Y no se ve la trascendencia de esto en el desarrollo de la comunidad social, no se ve que el hombre tiene que aprender en la familia el principio de vida en sociedad, y que de una familia de seres desarraigados no puede esperarse más que una sociedad sin conexiones, absolutamente individualista.

La familia cristiana es algo completamente distinto a todo esto. En ella, la base es la religión que marca toda la vida en común. La familia de cristianos, tal como la hemos descrito antes, en su forma de concebir la sociedad, en su forma de comportarse en la vida en común, es exactamente igual a una familia de ateos. La familia cristiana se distingue frente a las demás. Porque para sus miembros la práctica de la religión no es algo extrínseco, sino que llena su vida, y se irradia a los demás; es lo que configura la vida familiar... Fustel de Coulanges pone ya el fundamento de la familia en la antigüedad en la religión del hogar y de los antepasados, que es lo que hace que forme un núcleo compacto. Dice que es, incluso, más que una sociedad natural y le da el rango de sociedad religiosa. Así se explica la fuerza de la familia antigua, a la que se ha dado la mayor importancia en todas las épocas.

En definitiva, la familia cristiana se podría definir como una unidad orgánica. Con ello queremos decir que es un todo frente al exterior, pero que no por ello sus miembros pierden su propia personalidad dentro de ella, sino que la desarrollan mucho más. Como en la familia antigua, su fundamento es la religión. Porque todos sus miembros, además de ser cristianos individualmente, dan a sus creencias una proyección más generosa, social. Y esta proyección empieza por la familia. Es vivir el propio cristianismo en familia. Actos como rezar el rosario juntos, oír misa todos unidos, bendecir la mesa antes de comer, aparte de crear una unión más fuerte que los propios lazos de sangre, tienen un valor inmenso en orden a la formación de los hijos y a la superación de las crisis por las que se atraviere. Es muy cierta la frase de que la familia que reza unida permanece unida. Sobre todo porque en estos momentos, en que todos estos valores son tan perseguidos, debemos ser fuertes para perseverar hasta el final, y esta fortaleza sólo la encontraremos en la oración. La familia que reza unida tiene infinitas posibilidades más de no ser destruida que la familia de cristianos que no tiene la menor cohesión entre sus miembros, y se derribará al primer golpe.

Es la religión, también, lo que mantiene el verdadero amor. El

verdadero amor humano, reflejo del amor divino. Es lo que hace a la familia ser un todo en común, donde las más pequeñas cosas de uno de sus miembros repercute en todos los demás. Es también lo que da su sello peculiar a esta familia que ya no será como las demás, no será la típica familia estándar igual a miles más. Será diferente, porque Dios vive en ella y le imprime carácter.

La vivencia cristiana de la familia es esto, y se concreta en muchas cosas más. El hablar los hijos con los padres; el comunicarse las inquietudes, los problemas; el saber sacar tiempo los unos para los otros, aunque haya que renunciar a muchas cosas; el saber perdonar y corregir sin orgullo. En una palabra, es tener caridad y así saber darse a los demás y, sobre todo, a la propia familia. Se aprende a salir del egoísmo que hoy nos inunda. El que considera así a la familia ya no es el centro independiente y desligado que preconiza la sociedad liberal; es mucho más, porque se entrega y, al entregarse, llena su vida y la da sentido.

La familia es, además, el primer instrumento de que se vale Dios para transmitir la fe y la doctrina cristiana. Es en el seno de la familia donde aprendemos a rezar, a amar a Dios y a los demás. Según el Concilio Vaticano II, todo cristiano adquiere en el bautismo una vocación de testimonio y apostolado. Todo cristiano tiene el deber y el derecho de ser apóstol. Puede decirse que este deber es el que ejercitan los padres con los hijos. La fe cristiana se transmite a través de las generaciones por la vida familiar. El concilio llama a la familia iglesia doméstica. Es más que una sociedad natural, porque está sobrenaturalizada por la gracia y tiene una misión trascendente que cumplir para el desarrollo del hombre. Se presenta esto como algo utópico, imposible de conseguir. Esto es porque no se cuenta con la ayuda de Dios, con las gracias que derrama incesantemente para y sobre la familia. Es aquí donde influye extraordinariamente todo eso que decíamos de la oración en común, que significa un avanzar en común mirando siempre a Dios. Es de la oración de donde saldrá la fuerza que mantendrá unidos a sus miembros en todas las adversidades. El objetivo principal de esta familia cristiana será, pues, el llegar a ser una iglesia doméstica, y, así, contribuir a la misión universal de la Iglesia, ocupando el lugar que realmente le corresponde dentro del Cuerpo de Cristo.

Y ¿qué es en realidad, cómo asume los problemas, cómo se desenvuelve esta familia cristiana? Vamos a verlo brevemente.

La función principal es la educación de los hijos. Esto es un derecho y un deber que no puede declinarse, porque nadie puede suplir en ello. En la familia se educa la personalidad del niño para que luego pueda vivir en sociedad. Esta educación de la personali-

dad no puede darla el Estado, como ahora se pretende. Aquí, como en todo, hay que aplicar el principio de subsidiariedad. Al Estado le interesan los actos, pero no las motivaciones de esos actos. La familia se encarga de encauzar estas motivaciones y educa al hombre y al ciudadano. Dentro de la familia cristiana se le da al niño una educación intelectual, moral y religiosa. Es decir, por la primera se empieza a desarrollar su inteligencia, sus aptitudes naturales. Más importante es una educación moral; se aprende a respetar las leyes y a controlar estas motivaciones de que hablábamos antes. La formación moral estará conseguida «cuando se practique el bien espontáneamente y por propia iniciativa, aunque nadie vigile y castigue», según dice el padre Royo Marín. Y, principalmente, se le da una formación religiosa, se le inicia en la fe. Sólo en la familia se puede adquirir esta formación completa. Y, dentro de la familia, corresponde a la madre el papel más importante en esta función educadora. Es la madre, en la familia tradicional cristiana, la que está siempre con los hijos; a la que se acude en cualquier momento de peligro, la que nos enseña las primeras oraciones y empieza a desarrollar nuestra inteligencia. Por esto, es tanto más triste el espectáculo de las mujeres que abandonan su hogar por cualquier causa, dejando a sus hijos en manos extrañas en los momentos en que más la necesitan. Está muy generalizado el decir que la madre tiene también el derecho a su propia independencia, que debe trabajar y no sentirse atada por la familia. Esto es grave, pues entrafia una concepción de la vida muy equivocada y que, en la práctica, puede causar mucho daño. Al formar una familia, no se adquieren sólo derechos; vienen con ellos muchos deberes que hay que saber aceptar. Uno de ellos es la maternidad y lo que ello implica. No se puede abandonar la educación de los hijos en los años en que son más receptivos en manos extrañas, bajo fútiles pretextos de mejorar el nivel de vida o tener más libertad, como si el ocuparse de las propias obligaciones fuera una atadura insoportable. Una madre es absolutamente necesaria para sus hijos; de ella se recibe lo mejor de la formación. Por lo general, la ausencia constante de la madre del hogar influirá muy gravemente en el equilibrio psíquico del niño. El Estado utópico socialista, que sueña con sustituir a una madre por una guardería, no se da cuenta de que esto es imposible. Y tampoco se da cuenta de que al querer proteger el derecho de la madre a la propia libertad está violando el derecho de los hijos a recibir la educación mejor que se les pueda dar. Como dice Gamba: «El derecho a la continuidad y a la autonomía ambiental no figuran entre los derechos demagógicos que nos prepara el universo socialista». Se violan los derechos de los más débiles, como en el aborto o en el divorcio. Y

al separar a los hijos de sus padres, se produce la familia de la que hablábamos antes, de seres desarraigados y sin creencias.

Del mismo modo que es necesaria la presencia de la madre para una educación equilibrada de los hijos, el padre tiene su función irremplazable que cumplir dentro de la familia cristiana. Es la fuerza segura que toma las últimas decisiones, que jamás se equivoca. Encarna la autoridad. Se critica mucho actualmente lo que se viene llamando la familia autoritaria. Se entiende por esto toda aquella familia que sabe a dónde va y lo que tiene que exigir a sus hijos; donde hay unos valores estables que se respetan. Wilhelm Reich dice que es la fábrica de la ideología y de la estructura reaccionarias. Se pretende construir una familia en la que cada uno se mueva por sus instintos, partiendo de la tesis tan conocida de que el hombre es naturalmente bueno. Sin embargo, la experiencia no parece demostrar esto. Está claro que hay una serie de malas tendencias que hay que corregir, al igual que hay una serie de virtudes que es preciso enaltecer. Este es el fin de la educación. Pretender que un niño de dos años sepa lo que es bueno y lo que es malo y se sienta obligado naturalmente a respetar todas las normas es una utopía. Este niño necesita una autoridad fuerte que le diga qué debe hacer y qué no debe hacer; necesita, además, confiar en alguien, porque es un ser inseguro. Y ese alguien es su padre, «que nunca se equivoca». Necesita, pues, una autoridad. Que no es autoritarismo. Una autoridad que, aparte de ser guía, fomente la responsabilidad y no niegue la libertad, derecho de toda persona. López Ibor dice: «El padre es padre por autor. Autor y autoridad tienen la misma raíz. Es decir, la autoridad del padre es creadora de posibilidades de ser... El joven crece así enraizado, vital y personalmente, en un mundo que lo forma y lo libera a un mismo tiempo». O sea, no significa un dominio total sobre los hijos, sino que éstos tienen su propia autonomía dentro de la familia, en la que los padres tan sólo guían.

Autoridad por parte del padre, dulzura y educación primaria por parte de la madre, son elementos indispensables en la familia cristiana. Pero ¿y los hijos? ¿Qué papel les corresponde a ellos? También tienen derechos y deberes dentro de la familia. Tienen derecho a una educación cristiana y a una vida familiar sana. Tienen el deber de amar, respetar y obedecer a sus padres. ¿Qué distinto suena esto de la pretendida lucha de generaciones que intenta destruir la familia! El conflicto generacional es un mito que sirve de excusa para todo tipo de desmanes por parte de los hijos y que provoca una inseguridad y falta de fuerzas tremendas en los padres. Es un elemento disgregador más dentro de esta sociedad moderna. Lo cierto es que, naturalmente, los hijos deben amar a sus padres,

ayudarles y obedecerles. Es realmente un caso monstruoso el de un hijo que odia a su padre. Dentro de la familia cristiana, el hijo verá en su padre una representación de Dios en la vida familiar, y obedecerle a él será como obedecer los mandatos divinos. Verá en su madre a la Virgen y la amará, respetará y obedecerá como Cristo hizo con ella. En conclusión, la familia cristiana es la representación diaria de la familia de Nazaret. Y si conseguimos esto, habremos puesto la base de una sociedad fuerte, porque, como dice Peralozzi, «El amor paterno forma a los jefes, el amor fraterno a los ciudadanos, y uno y otro cimentan el orden en la familia y en el Estado».

Pero la familia cristiana no es núcleo cerrado. Tampoco es una familia individualista. En primer lugar, dentro de la familia, se consideran, además de los padres y los hijos, todas las demás personas unidas por un parentesco de sangre. Principalmente, los abuelos. Para ellos se debe tener un respeto inmenso, porque son la experiencia y los portadores de la tradición de nuestros antepasados. Se debe cumplir al mismo tiempo un deber de ayuda cuando ya no puedan valerse por sí mismos, porque está dentro del mismo derecho natural. Parece que en nuestra sociedad se ha perdido mucho este sentimiento de respeto y veneración por los ancianos, y esto es algo que tiene que resucitar la familia cristiana. Pero, también, se pueden considerar como componentes de esta familia cristiana los parientes que, aunque ya hayan muerto, siguen vivos en las tradiciones que dejaron y en su contribución para que esa familia sea hoy tal como es. Es el amor a los antepasados, que adquiere su forma más perfecta dentro de la familia cristiana, que se considera como portadora de una herencia que tiene la responsabilidad de transmitir y que configurará esa familia a través de los siglos.

No es una familia individualista, porque se encuentra inmersa, y así lo comprende, en una sociedad a la que ha de cimentar. Todo este patrimonio cultural que representa la familia lo brinda a la sociedad, sirve de ayuda a los demás y repercute en bien de todos.

Todo esto que hemos dicho de la familia cristiana queda admirablemente sintetizado en unas frases del cardenal Gomá: «La familia cristiana es verdadera escuela de sacrificio y abnegación, de veneración y de respeto a los ascendientes que integran el pasado y forman la tradición, y de amor a los hijos y descendientes, que representan el porvenir. La familia cristiana, cantera de la especie, fundamento de la sociedad, fuente inagotable de patriotismo y de virtudes cívicas, nos demuestra con evidencia y con certeza que padre, patria y patrimonio tienen su raíz común; que todos somos hermanos e invocamos al Padre común, que está en los cielos...»

En resumen, el hombre se forma principalmente en su familia.

## FAMILIA DE CRISTIANOS Y FAMILIA CRISTIANA

Lo que viva en ella será lo que en el futuro condicione su vida en sociedad y sus relaciones con los demás. De ahí la importancia de las familias realmente cristianas, y no sólo familias de cristianos en la actualidad. La lucha por la familia ha comenzado, decía el cardenal König en febrero de este año. Ha comenzado porque nos damos cuenta, quizá un poco tarde, de que nuestras familias, nuestra religión, nuestra paz, van a ser destruidas si no luchamos por ellas. Ante la presente situación, hay muchas personas que se acobardan, pensando que no pueden solucionar el caos mundial, sin ver o sin querer ver solución a los problemas. Y esta solución no es difícil de averiguar. Hay que recristianizar la sociedad. Todos los males que nos aquejan hoy vienen de que el mundo quiere vivir sin Dios y sin amor. El egoísmo es lo único que impera en todas partes. Nuestra lucha es para que sea Cristo quien reine y dirija el mundo. Y para ello debemos empezar porque reine en nuestra propia familia cristiana, baluarte contra todos los ataques de Satanás. Es necesario que los valores religiosos vuelvan a ocupar en nuestra cultura un valor central. Y ocuparán un valor central en la sociedad y en la cultura si antes lo han ocupado en la familia.